

ROZAS



Mansilla, Lucio V.

Rozas / Lucio V. Mansilla. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires:

El Ateneo, 2026.

208 p. ; 23 x 16 cm.

ISBN 978-950-02-1814-6

1. Ensayo. 2. Ensayo Histórico. 3. Historia Argentina. I. Título.

CDD A864

Rozas

Autor: Lucio V. Mansilla

Derechos exclusivos mundiales de edición en todas las lenguas

© Grupo ILHSA S.A. para su sello Editorial El Ateneo, 2026

Patagones 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires, Argentina

Tel.: (54 11) 4943-8200

editorial@elateneo.com - www.editorialelateneo.com.ar

Dirección editorial: Marcela Luza

Gerencia editorial: Marina von der Pahlen

Edición interna: Juliana Palermo

Producción: Pablo Gauna

Coordinación de diseño: Marianela Acuña

Arte de tapa: Estudio Cremona

Armado de interior: Margarita Guglielmini

Impreso en Thomson Reuters,
Bernardino Rivadavia 130, Avellaneda,
provincia de Buenos Aires,
en septiembre de 2026.

Tirada: 3000 ejemplares

Libro de edición argentina.
Queda hecho el depósito
que establece la Ley 11.723.

1ª edición: septiembre 2026

ISBN 978-950-02-1814-6

El editor se reserva todos los derechos sobre esta obra. En consecuencia, no puede reproducirse total o parcialmente por ningún método de reproducción existente o por existir incluyendo el gráfico, electrónico y/o mecánico (como ser el fotocopiado, el registro electromagnético y/o el almacenamiento de datos, entre otros), sin el expreso consentimiento de su editor, Grupo Ilhsa S.A. (Ley n° 11.723).

El texto de esta edición reproduce fielmente la obra original de Lucio V. Mansilla, a partir de la edición digital puesta a disposición por el Instituto Nacional de Investigaciones Históricas Juan Manuel de Rosas. Las escasas intervenciones editoriales realizadas se limitan a aspectos ortográficos y de puntuación, con el fin de adecuar la lectura a los usos actuales sin alterar la voz, el ritmo ni el estilo del autor. Asimismo, no se reproducen algunos elementos paratextuales presentes en determinadas ediciones históricas que no forman parte sustancial de la obra.

Texto fuente disponible en línea.



ROSAS

A black and white portrait of Juan Manuel de Rosas, a prominent Argentine political and military figure. He is shown from the chest up, wearing a dark military uniform with ornate, light-colored embroidery on the collar and lapels. He has dark, wavy hair and a serious expression, looking slightly to the left of the viewer.

**Ensayo
histórico-psicológico**

**Juan Manuel de Rosas
contado por quien mejor
conoció su mundo**

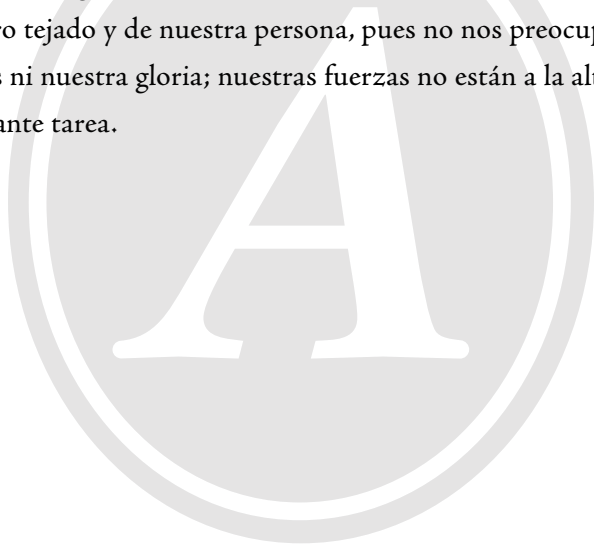
Lucio V. Mansilla

 **Editorial El Ateneo**

A mi amigo
GUILLERMO UDAONDO



Bacon ha escrito: *“‘What is truth?’ said jesting Pilate; and would not stay for an answer”*. “¿Qué es la verdad?’, dijo gesticulando Pilatos; y no quiso quedarse para oír una respuesta”. Esperamos que el paciente lector no hará lo mismo y que se tomará la molestia de recorrer estas páginas con calma indulgente, previniéndolo, como diría Montaigne, de que no tenemos en vista nada más allá de nuestro tejado y de nuestra persona, pues no nos preocupan ni sus gustos ni nuestra gloria; nuestras fuerzas no están a la altura de semejante tarea.



ÍNDICE Y ORDEN DEL LIBRO

PRÓLOGO	15
CAPÍTULO PRIMERO.....	25
CAPÍTULO II	38
CAPÍTULO III.....	46
CAPÍTULO IV	54
CAPÍTULO V	61
CAPÍTULO VI	69
CAPÍTULO VII	77
CAPÍTULO VIII.....	86
CAPÍTULO IX	93
CAPÍTULO X.....	102
CAPÍTULO XI	108
CAPÍTULO XII	115
CAPÍTULO XIII.....	121
CAPÍTULO XIV	127
CAPÍTULO XV	136
CAPÍTULO XVI	145
CAPÍTULO XVII	154
CAPÍTULO XVIII.....	165
CAPÍTULO XIX	171
CAPÍTULO XX.....	177
CAPÍTULO XXI	183
CAPÍTULO XXII	191
PRONTUARIO CRONOLÓGICO	201

PRÓLOGO

Este libro no es, no puede ser, no debe ser ni una justificación ni un proceso. Sería un libro de partido, que, no sustituyendo las realidades históricas a los disfraces de la leyenda, no haría sino aumentar la incertidumbre y las confusiones. Nuestro propósito intencional, fríamente meditado por años, es que sea un libro de buena fe, de completa y absoluta buena fe.

¿Cómo respondería entonces a su objeto, no vibrando ya, sino cual lejanos ruidos de la tempestad que pasa, las furibundas cóleras de antaño?

La calma es necesaria para entender; si los unos y los otros la han recobrado al fin, siendo hombres de buena voluntad me entenderán, *é se non, non.*

No escribimos para el fanatismo cristalizado dentro de la acre corteza de ojerizas inclementes. ¡Oh! no. Escribimos para los que saben, siquiera por presentimiento, que es una propiedad de la vida manifestarse y hasta propagarse en medio de divisiones y de luchas que, un día u otro, se calman para renacer después bajo otras formas, mientras la existencia no se extingue.

Diremos, pues, en él todo cuanto pensamos y todo cuanto sentimos, todo cuanto sabemos y todo cuanto de ello se puede decir, sin más

trabas, sin más reservas, sin más escrúpulos que los que a la pluma le imponen ciertas consideraciones sociales; consideraciones que no es lícito dejar de tener en cuenta cuando aún viven tantos y tantos a quienes imprescindibles referencias y apreciaciones desnudas, descarnadas, limpias de toda impureza, pueden lastimar u ofender.

Cuando decimos "viven", no nos referimos precisamente a los que fueron actores, espectadores, instrumentos o cómplices, adversarios o colaboradores espontáneos u obligados por las múltiples causas, pretextos o motivos más o menos intrincados, confesables o inconfesables, que inducen y gobiernan las acciones humanas, en épocas revolucionarias sobre todo. Nos referimos también a los que llevan el apellido más o menos glorioso, más o menos ilustre, más o menos conocido, de los que ya no existen, sean cuales fueren las filas en que militaron, los pretendidos sistemas de gobierno que sirvieron, las tendencias a que obedecieron, las rivalidades de familia que los dividieron, el frenesí de los odios insanos que los cegaron; sean cuales fueren las transformaciones íntimas que en ellos se hayan operado sin percibirse.

El hombre obedece, a pesar suyo, a la acción del tiempo, acción perenne, constante, eternamente benéfica dentro de la órbita del progreso, que "no es un accidente sino una necesidad"; del tiempo que todo lo transforma, espontáneamente, modificando en la conciencia los diferentes estados y aspectos de las almas y hasta las mismas perspectivas de las cosas que no siempre vemos de la misma manera; lo inmaterial y lo físico, lo intelectual y lo moral, todo, todo; a la manera en que se transforman las plantas y los animales en variaciones infinitas; lo que llamaremos: fenómenos de carácter sociológico, crisis del espíritu, anhelando conocer, *cognoscere*, penetrar y dominar la eterna verdad, la verdad verdadera; hechos históricos reales, leyendas, calumnias, imposturas, invenciones, chismes caseros, murmuraciones de aldea, destacándose en el cuadro lo

más interesante: “el hombre”, los actores, los caracteres, prestigios aclamados o execrados según los opuestos puntos de vista de la pasión, en todo lo cual el psicólogo debe ver y leer con serenidad.

La crónica se compone de esos materiales incongruentes, informes, disparatados, llenos de ganga inútil cuyo tamiz es el crisol del examen crítico, serio, imparcial y levantado hasta donde es humanamente posible, siendo hombres los que llaman a los hombres a deponer ante el supremo tribunal de la historia y de la posteridad.

Si estamos convencidos de que no es posible encarar ni resolver de la misma manera los grandes y complicados problemas que en todo tiempo han dividido y continuarán dividiendo la inteligencia, las ideas, las pasiones, los intereses; y que la discordia es incansable en arrastrar a los hombres a terribles campos de Agramante, en el afán impaciente de alcanzar todos el mismo mismísimo fin —la felicidad—; y si creo, igualmente, que todos ellos anhelan, con vehemente ardor, un porvenir grandioso para su país, también estoy persuadido de que ninguno de mis compatriotas, de que ningún hombre de buena voluntad, allí donde hay oscuridad o preocupación en el pasado, no desee que se haga como una aurora boreal de la verdad, irradiando su claridad suave y tenue sobre el formidable drama de tantos y tantos acontecimientos, como los que se contienen en ese cuadro horrendo, teñido con sangre que corrió a raudales —sangre humana, sangre fraticida—, en medio de dolores infinitos, de zozobras sin cuento y de lágrimas de fuego, todo lo cual constituye la siniestra epopeya de la guerra civil argentina; epopeya que (es triste decirlo) comienza ya antes de la misma emancipación completa de América, y que, para nuestra tierra natal, concluye, puede decirse, con la caída del famoso gobierno absoluto, irresponsable, de don Juan Manuel de Rozas.

¿Cuál será nuestro criterio filosófico, el método, el plan, para arribar con algún éxito a la conclusión final, y cuál será esa conclusión?

Desde luego, nos apresuramos a decirlo anticipadamente: la conclusión será que “gracias al cielo, hasta allí, donde grandes y espantosos crímenes se cometen, la premeditación directa, absoluta e inmediata es más rara de lo que piensan ciertos moralistas adocenados”.

El plan será genético o cronológico en su conjunto, sin precisar fechas; no nos proponemos tampoco autorizar nuestra palabra con citas de documentos oficiales ni con recortes de gacetas, teniendo una gran documentación en la cabeza, imágenes de impresiones pasadas, aunque no hayamos sido precisamente contemporáneos, y cuyas imágenes mnemónicas sentimos que podemos evocar con alguna vivacidad, como si los hechos remotos fueran incidentes de ayer.

El método que seguiremos consistirá en no herir personas, denominándolas solo en los casos inevitables, para hacernos entender mejor; es decir, cuando los hechos sean del dominio público, hechos pasados en autoridad de cosa juzgada.

Y el criterio filosófico que nos guiará tendrá que ser lógicamente el que se desprende en tesis general de este aforismo, axiomático para nosotros: no hay tiranos, ni en la acepción griega ni en la moderna, sin pueblos a la espalda que piensen como el tirano mismo, sintiendo, anhelando, queriendo como él. Tanto valdría sostener que puede proclamarse libre un pueblo sin hombres conscientes de lo que son los derechos de la mente, los fueros, las prerrogativas inalienables de la conciencia humana.

No se concibe, en efecto, no lo concebimos nosotros al menos, un opresor solitario en la sociedad, cualquiera que sea el estado embrionario de su organización, como se puede ver un árbol secular, aislado en el desierto pampeano sin fin. Los usos y costumbres, los instintos hereditarios, las tradiciones, las preocupaciones, las instituciones incipientes, son “ideas” que con los sentimientos concomitantes fijan y encarnan ciertos modos particulares de ser.

Y si es exacto, como se ve que lo es estudiando la psicología de los sentimientos, que el *hombre* no existe como abstracción —no habiendo sino hombres diferentes de humor y de temperamento, variables de carácter desde la infancia hasta la vejez, en estado de salud o de enfermedad, variaciones que constituyen y revelan la unión de lo físico y de lo moral—, es evidente que, teniendo un alma el dictador, el tirano, el déspota, esa alma debe de ser algo así como el trasunto informe de la multitud, siquiera como el reflejo de una clase dirigente que lo rodea, que lo apoya, que lo aclama en lo íntimo. Será, en otros términos, producto del medio ambiente que lo satura, ya inspirándole graves pensamientos, infundiéndole energías y fuerzas suficientes para erigir, piedra sobre piedra, el edificio trascendental de un gran concepto que realizado se torna persistente, duradero, como la obra fuerte de los fundadores insignes de tronos y dinastías seculares, de repúblicas ejemplares, de imperios colosales, que el tiempo no hace sino consolidar; ya sugiriéndole las ocurrencias monstruosas, las saturnales de sangre, los expedientes execrables —efímeros, por tanto— de los caudillos sombríos o turbulentos, egoístas o crueles de esta América, que sería ocioso detenernos a enumerar.

Con otro criterio, no hay sino vaguedad en el conocimiento de los hombres a quienes se pretende estudiar y explicar, de esos hombres que son como el patrón de sus coetáneos, que en ellos infiltran su espíritu avasallador, contagiándose mutuamente, por el roce, y a manera de la ley física que desarrolla la electricidad por el contacto. Así se explican las entidades representativas, debiendo observarse que tales personajes no suelen estar siempre de buena fe. Carlyle dice, y dice bien, con su profundo conocimiento del alma humana: “Yo no afirmo la continuidad de la sinceridad de Mahoma, porque ¿quién es continuamente sincero?”. Y, sin embargo, Mahoma fundó una religión que persiste, como persistieron

sus huestes por siglos en España, y aún persisten, como un anacronismo sarcástico, en pleno mundo cristiano.

Nada sucede en la tierra sin una causa mediata: todo obedece a una ley. No hay fatalidad; lo inevitable no es más que la consecuencia de algo. De que los antecedentes sean aislados, incoherentes, simples o complejos, irregulares o imprevistos, no se puede concluir que no son. No vemos los fenómenos sino en sus efectos inmediatos; pero de ahí no se debe deducir que los hechos sean casuales. Lo oculto no es más que nuestra incapacidad para penetrar. La historia de lo maravilloso, ¿qué es? Una secuela de fenómenos mal observados que, de hipótesis en hipótesis, la ciencia, tanteando por siglos, arriba a explicar y demostrar, cómo se patentiza que los cuerpos tienden hacia el centro de la tierra. Por eso se ha dicho modestamente, aunque con sobrada razón, que la filosofía es la ciencia de las verdades relativas, de las aproximaciones a la verdad final.

Todo preexiste, sustancial, virtual y potencialmente, en pródromos fecundos. “El progreso, bajo su aspecto científico, no es así más que una transfiguración de la naturaleza”; y lo que ha de ser será, en virtud de una ley física o de una ley moral: la electricidad que produce el rayo; la falta que lleva aparejado el castigo, la horca o los remordimientos negros, la pena aquí abajo o en otro mundo. Ese mundo existe, tiene que existir, debe existir.

Será, por eso, nuestro propósito fundamental explicar lo concreto por lo abstracto; lo visible por lo recóndito; los hechos, los actos, las acciones por los pensamientos, aunque haya casos en que dude metódicamente, rehuendo el ser temerario en mis juicios. Los pensamientos ¿son acaso siempre abismos insondables? ¿Es por ventura impenetrable un hombre porque calla?

Y todavía, y más aún: trataré de explicar los pensamientos por las palabras que los expresan, pues estas en su conjunto fonético,

representativo del lenguaje, tienen, a mi entender, un gran significado, en cuanto son signos de movimientos físicos que determinan movimientos del espíritu, sensación y vibración.

¿O el pueblo argentino no ha sentido y pensado, en todo momento de su existencia más o menos agitada?

En la hora misma en que estas páginas deleznales escribimos ¿no piensa y siente con más o menos intensidad en algo relacionado con su porvenir?

¿Puede negarse que la multitud tenga un alma?

La dificultad consiste, entonces, para el historiador y para el filósofo, en descubrir o en columbrar la IDEA en sus limbos; la idea que, dormitando envuelta en la atmósfera de un estado caótico de la conciencia, suele ser muchas veces, sin proceso reflexivo, impulso, proyección activa; la idea, actuando eléctricamente: la idea que se transforma de dicho en hecho. Por ejemplo, como cuando al pensar ¡viva! nos sentimos movidos a aclamar, y como cuando al pensar ¡muera! nos sentimos resueltos a alzar la guillotina o la horca, sin piedad. ¡Qué gran palabra esta de Leibniz: los fenómenos no son sino pensamientos!

La historia de la civilización, de la cultura, de la evolución del género humano bajo la influencia de la idea cristiana y de la filosofía greco-romana, es así la historia de los cambios experimentados por las lenguas, dulcificándose, enriqueciéndose, perfeccionándose en germinaciones de colores y matices infinitos.

En otros términos: seguir a un pueblo en sus transformaciones fonéticas es descifrar poco a poco el misterio de su alma, su ritmo psicológico.

Los salvajes no tienen por eso historia, siendo su lenguaje tan pobre como sus medios de subsistencia y de bienestar. Hasta suelen no tener tradición ni memoria; su existencia, en este sentido, no es vida humana,

es un estado biológico: la animalidad esperando su hora en una monotonía retardataria, sin siquiera ser apacible como la existencia de la familia entre los castores.

Por consiguiente, si el mayor o menor grado de civilización implica mayor o menor carencia de las cosas, también implica abundancia o penuria de signos representativos; y el uso o desuso gradual de estos constituye necesariamente escalas ascendentes o descendentes de cultura, según se pase de un estado social a otro, al través de las incesantes vicisitudes de la vida nacional, familia o tribu.

Damos una importancia capital a esto, porque en los modos de expresión de una época se contienen *a priori* muchos actos de trascendencia realizados, a la manera que en el polen de la planta se encierran sus flores y sus frutos. Para nosotros, hay tanta documentación en una palabra, en una sola palabra, en una orden, en un decreto, en una ley, como en una explosión popular que proclama la libertad o mata a sus semejantes, no pudiendo hacerlos pensar como el fanatismo quisiera. Las causas son espirituales, son sustancia imponderable; el Universo no existe sino por el *verbo*; las tinieblas no desaparecieron sino después de la vibración del *fiat lux*. Fuerza y materia no son causa: son efecto de la eterna energía. Y lo que para nosotros es verdad en la mecánica del mundo físico, también lo es en el orden moral intermitente, o sea el progreso espiritual que se traduce en ideas materializadas, concepción, percepción, sensación: el Partenón o San Pedro de Roma: la *Transfiguración* de Rafael o el *Moisés* de Miguel Ángel; un ferrocarril o un cable submarino ligando continentes; Cicerón en el Foro o Gladstone en la tribuna; la clemencia que perdona o la caridad que ampara.

Pensar es hacer. Los que no piensan, no hacen, en cuanto hacer es producir; son como máquinas cuyos efectos se pueden determinar de antemano. Pero, así como “hay modos de pensar originales, hay también modos de sentir originales”.

Vamos, pues, a ver, por lo que hacía el pueblo argentino en ciertos momentos históricos, en qué pensaba, cómo sentía, y si sus hombres representativos tenían siquiera vagamente esta noción: que toda reforma radical debe operarse en paz; lo cual implicaría desarrollado ya, en aquel entonces y en altísimo grado, el sentido moral de sus clases o familias dirigentes. Porque no está en el orden de la Naturaleza, diría Herbert Spencer, que los hombres cambien de hábitos y placeres súbitamente, debiendo todo efecto permanente producirse poco a poco.

De ahí que los que olvidan esa ley arrastren a los pueblos a la guerra civil, a la anarquía que entroniza a los caudillos turbulentos y funda las tiranías ominosas, devastadoras —individuales o colectivas—, contra lo que no hay más recurso que la resistencia a mano armada: la Revolución, otra forma de la guerra civil y de la anarquía, que entraña a su vez el peligro del cesarismo, otra ley sociológica de adaptación a las circunstancias. ¿Hasta cuándo? Hasta que el cesarismo no responda ya a una evolución que se produce en paz, siendo él mismo su eje y su motor involuntario, y cuya evolución es eficiente en virtud del principio de la ley spenceriana insinuada más arriba, a saber: que toda reforma radical debe hacerse paulatinamente y en paz.

Al producirse ese efecto —contra el que nada puede la acción personal, siendo una especie de determinismo inevitable—, cambia la faz de las cosas en todo orden material y moral; y el revolver de los tiempos, la historia, pone de manifiesto el hecho, hecho que no podía dejar de verificarse y que, por consiguiente, se ha verificado en nuestro suelo argentino: “El paso de la homogeneidad indefinida e incoherente a la heterogeneidad definida y coherente”.

No hay para verlo, como se ven los fenómenos históricos, más que comparar las agrupaciones de ahora con las que antes formaban la cauda terrible de los que acaudillaban pueblos, en cruzadas furibundas, como

un azote del cielo, arrastrando unos contra otros a los hijos de una misma Patria, hoy, a Dios gracias, pacificada, consolidada, encaminada, después de tantos vaivenes, hacia sus altos destinos.



CAPÍTULO PRIMERO

Nuestro postulado. - La familia de Rozas.¹ - Don León Ortiz de Rozas y doña Agustina López de Osornio. - Su carácter. - Las familias de Rozas y Lavalle. - Peculiaridad común. - Sangre con y sin mezcla. - Anécdotas características de doña Agustina López de Osornio. - Su energía. - Don León Ortiz de Rozas no era débil. - La casa de Rozas. - Memoria que han dejado don León y doña Agustina. - La madre y el hijo mayor. - Testamento de doña Agustina.

1. Repetiremos aquí lo que otras veces hemos hecho notar a los que *insisten* en escribir Rozas con s. Viene este nombre patronímico de *rozar*. Los Rozas argentinos, es decir, los hijos de don León Ortiz de Rozas y de doña Agustina López de Osornio, fueron tres, que se firmaban así: Juan Manuel de Rosas, con s; Prudencia Ortiz de Rozas y Gervasio Rozas con z: singularidades que se explicaran en el cuerpo de la obra. Godoy Alcántara (*Ensayo... sobre los apellidos castellanos*, Madrid, 1871, obra premiada por la Academia Española) incluye ROZAS en la lista de los nombres geográficos más usados en apellidos. Los apellidos de este origen deben ir precedidos de la partícula *de*, y así lo usaba el teniente general don Domingo Ortiz de Rozas, según puede verse en la firma de este gobernador de Buenos Aires, y más tarde de Chile, que reproduce Barros Arana (*Historia general de Chile*, tomo VI). En la misma obra (tomo VI, cap. IX) se encuentran noticias curiosas sobre el establecimiento de la familia Ortiz de Rozas en el Río de la Plata.

Nuestro postulado es que no se puede escribir, ni *ensayando*, la historia de una época representada por un hombre en el que se concentran todos los poderes, los más formidables, como disponer de la vida, del honor, de la fortuna de sus semejantes, sin buscar en sus antepasados, sino todo el misterio de su alma, algo así como la clave de algunos de sus rasgos prominentes, geniales; rasgos, que llegan a ser, en ciertos momentos, como un contagio, bajo la influencia de su extraña, complicada y poderosa ecuación personal.

Siendo un hecho observado que en el dominio de los sentimientos se operan variaciones espontáneas, útiles o perjudiciales, no se puede negar entonces que esas variaciones representan un papel notable en lo que llamaremos la evolución del sentimiento moral, según los principios de la ética y los fenómenos de atavismo.

Es una ley de subhumana justicia que cada individuo ha de experimentar los beneficios y los perjuicios de su propia naturaleza, con todas sus consecuencias, piensan los grandes sociólogos. Soy de su opinión. Pero sostengo que teniendo, como tenemos, dentro de nosotros mismos un poder que se llama *la voluntad*, somos susceptibles de resistir a las “presiones ambientes”² y de transformarnos, y de transformar a los otros, en el sentido del bien común. “La sociedad existe en beneficio de sus miembros; no sus miembros en beneficio de la sociedad”. De ahí, pues, la necesidad de establecer ciertos antecedentes, tratándose de personajes representativos, decir por ejemplo: quiénes fueron sus padres, cuál era su posición social, cómo los educaron, cuál era su temperamento, qué gustos tenían, qué cualidades, qué defectos.

2. “*Pressions environnantes*”, dice Taine, y Herbert Spencer: “... *the characters of the environment cooperate with the characters of humans beings in determining social phenome*”.

Hay también que bosquejar a grandes rasgos el estado social, los usos y costumbres; hay que ver cómo se pensaba; cuáles eran las ideas, las preocupaciones anteriores a ese pasado histórico, y, naturalmente, las reinantes en el momento contemporáneo; hay que esbozar las transformaciones diversas operadas con más o menos lentitud, según el mayor o menor grado de cristalización de los espíritus, a fin de iluminar un tanto el escenario en que los personajes se muevan, siquiera con una débil luz; por último, hay que prefigurar lo mejor posible esos personajes.

Para explicarnos a Mahoma necesitamos conocer su nacimiento, su infancia, su juventud, sus amores, su vida apacible sin ambición. Carlyle nos lo muestra así, en sus *Héroes*, lo mismo que nos lo muestra a Cromwell, casado prematuramente, trabajando tranquilo en su granja. Los que meditan y trabajan son siempre llamados a prevalecer. “Lo espiritual es el alma de lo temporal”. Por consiguiente, para comprender los actos necesitamos conocer las emociones íntimas que son los arietes de la acción.

Hecho todo eso, y solo entonces, es posible arribar, con alguna imparcialidad, a fijar la parte de responsabilidad que en la obra del bien o del mal corresponde al pueblo, a la sociedad, a sus representantes, a los que lo acaudillan.

Todo otro criterio histórico es pueril.

Entender el presente es inquirir el pasado; y, bien conocido lo actual, la mirada reflexiva penetra en lo porvenir, a la manera en que el lente maravilloso nos ayuda, revelándonos que lo invisible para el ojo desnudo es un mundo fecundo, en cuya atmósfera hay seres, formas, ideas para el sabio.

La familia de Rozas era colonial, noble de origen por ambas ramas, siendo más antigua la prosapia materna.

No revolveremos pergaminos. Nos lo prohíbe la índole de lo que en literatura se entiende por “ensayo”, no con relación al autor, que puede haber producido mucho, sino referentemente al asunto.

Don León Ortiz de Rozas y doña Agustina López de Osornio representaban no solo dos familias nobiliarias de distinto linaje, y alcurnia, sino dos naturalezas distintas.

Según doña Agustina, su marido era un plebeyo de origen. En sus disputas ella se lo hacía sentir. “¿Y tú quién eres?”, solía decirle. “Un aventurero ennoblecido por otro que tal [se refería a don Gonzalo de Córdoba, del cual fue soldado el primer Ortiz, diremos; don León había sido capitán del Rey], mientras que yo desciendo de los duques de Normandía; y, mira, Rozas, si me apuras mucho, he de probarte que soy pariente de María Santísima”.

Por lo demás, ambos eran buenos cristianos, católicos, piadosos sin ser gente de mucho confesonario y se llevaban muy bien.

Don León era bondadoso, paciente, aunque de cuando en cuando tenía sus arranques, como más adelante se verá. Pero en el hogar, en la familia, en la administración de los cuantiosos bienes de la comunidad, no tenía voz ni mando. Vivía sano, contento, leyendo un poco, jugando al truco en su escritorio con algunos predilectos, haciendo *versos* de circunstancias,³ presidiendo la mesa con solemnidad, mesa en la que antes y después de comer se rezaba, dando gracias a Dios por no faltar el pan cotidiano. Ese pan cotidiano era siempre abundante y succulento. Aunque llegaran de improviso los parientes y amigos que llegaren, siempre sobraba lo suficiente para la numerosa servidumbre de tan larga familia. No había muchos adornos en la mesa, de cuando en cuando algunas

3. Tienes un grande barreno / en jugar al truquiflor; / yo te he de bajar al talle / y has de quedar de mirón.

flores. Vino se tomaba poco. Los niños no lo probaban. El lujo de doña Agustina consistía en la pulcritud del mantel y la limpieza de los cubiertos de plata maciza. Nada de fuentes con tapa, todo estaba a la vista; “pocos platos, pero sano”, era su divisa, “y que el que quiera repita”. Así, solía decir: “Déjame, hija, de comer en casa de Marica [se refería a la célebre misia María Thompson de Mandeville], que allí todo se vuelven tapas lustrosas y cuatro papas a la inglesa, siendo lo único abundante su amabilidad. La quiero mucho; pero más quiero el estómago de Rozas”.

Doña Agustina, por otra parte, no podía ocuparse más de lo que se ocupaba en su marido; lo cuidaba con esmero, ella misma le hacía el moño de los zapatos de paño negro, de lo más fino, y el nudo de la ancha blanca corbata; y después de mirarse en la reluciente pechera de la camisa brillante como un espejo, le ponía con gracia el sombrero, alto de copa, y le presentaba el bastón de caña de junco con puño de oro, hecho lo cual don León salía a hacer sus visitas, después de la misa en San Juan o San Francisco, llevando los encargos, memorias y recuerdos de su consorte para los amigos y parientes.

Y doña Agustina daba a luz todos los años un descendiente rollizo bien conformado. El primer fruto de sus entrañas fue una niña que se llamó Gregoria, el segundo Juan Manuel. Ambos se enlazaron en la familia de los Ezcurra, gente de origen solariego, de lo mejor. Después vinieron dieciocho partos más, todos coronados por un éxito completo.

Aquí es el caso de consignar una circunstancia curiosa, sugestiva, interesante en extremo. La mayor parte de la guerra civil argentina ha girado alrededor de dos grandes ejes políticos: Rozas y Lavalle. Pues bien, estas dos familias eran íntimas; todos los Rozas tomaron leche del seno de una Lavalle, fecundísima como su amiga predilecta Agustina, y todos los Lavalle, leche del seno de esta.

Otra peculiaridad. Todos los Lavalle y todos los Rozas han tenido el rostro bello, prevaleciendo los rubios sin mezcla. Y más aún, las mujeres han sido más inteligentes que los hombres, pareciéndose estos por cierta afición a la vida rural y por ciertos caracteres muy acentuados de tenacidad en sus ideas y en sus propósitos.

Debemos agregar para que esta pincelada se complete, hasta cierto punto, que si las dos familias se combatieron jamás se odiaron; de modo que cuarenta años más tarde, muerto Lavalle en los confines de la patria después de su lucha desesperada y el dictador en el extranjero, los Lavalle y los Rozas sobrevivientes que han podido abrazarse lo han hecho con emoción, lo que prueba que la sangre era caliente, pero no maligna; sangre pura, sin mezcla, sangre verdaderamente colonial. Distinguimos así entre sangre de origen español y lo que después ha dado el producto *criollo* mestizo. Y distinguimos ex profeso; porque, valga lo que valiere nuestra teoría científica, asignamos suma importancia a los antecedentes etnológicos.

De lo dicho más arriba no debe deducirse que don León Ortiz de Rozas fuera un hombre adocenado, ni débil, hasta el punto de dejarse llevar de las narices por su consorte. No. Su aparente debilidad eran condescendencia y amor, mezclados con una gran confianza en las cualidades sólidas de su cara mitad diligente, activa, movediza, trabajadora, ordenada, económica, caritativa, y a la vez imperiosa. En cuanto a su honestidad era proverbial. Jamás las malas lenguas la tildaron por ese lado. De ahí sin duda, de ese conjunto de aptitudes y disposiciones, venía su espíritu autoritario, rayano a veces de la infalibilidad, puesto que cuando ella decía sí o no, así, y no de otro modo, tenía que ser.

Dos anécdotas de indiscutible autenticidad (para el autor) explicarán y comprobarán cómo es que había paz y concordia en aquella casa,

que era vasta, que tanta familia contenía, que poseía esclavos y que arrastraba coches enganchados o tirados por buenos caballos y mulas, lo que en aquellos tiempos era propio solo de gente muy acaudalada.

Una noche, viviendo en la calle de la Defensa, ahora la casa está intacta,⁴ serían así como las dos de la mañana, se sintió ruido en las azoteas. Es de advertir que don León y doña Agustina tenían aposentos separados; criando ella casi siempre, no quería que su marido fuera turbado en su sueño. Sentir el ruido, poner el oído, pensar ¡ladrones! y llamar a una huérfana que la acompañaba, diciéndole “anda y cierra la puerta de Rozas no sea que oiga y que se moleste”, fue todo uno. Encarnación, que así se llamaba la muchacha, obedeció callandito. Y doña Agustina se levantó, tomó de un rincón la vara de medir (en casi todas las casas la había), y, sin más armas, subió por una escalera del fondo y puso en fuga a dos pájaros que, en efecto, parecían dispuestos a descolgarse. Solo al día siguiente se supo lo acontecido.

He ahí un rasgo característico de doña Agustina: que todos los viernes hacía enganchar el coche grande, guiado por un alto cochero mulato, excelente hombre, llamado Francisco, para irse por los suburbios a distribuir limosna entre los menesterosos reales y traerse a su casa, donde había una sala hospital, alguna enferma de lo más asqueroso, que colocaba en el coche al lado mismo de una de sus hijas, la que estaba de turno, y a la cual le incumbía el cuidado de la desgraciada hasta el momento en que sanaba o el cielo disponía otra cosa.

Otro perfil completará su fisonomía enérgica. Su hijo estaba en armas, acaudillando huestes de la campaña: nos referimos al que fue dictador y al golpe de estado de Lavalle. El gobierno y las autoridades estaban en la ciudad. La policía mandó tomar los caballos y mulas de los

4. El autor ha hablado de ella en otra parte.

particulares. Doña Agustina contestó que ella no tenía opinión, que no se metía en política; pero que siendo las bestias para combatir a su hijo no podía facilitarlas.

La policía insistió. A la tercera intimación la casa estaba cerrada; doña Agustina, hablando por la ventana con el comisario le hizo comprender que todo era inútil, que si quería echar abajo las puertas las echara. Fue menester hacerlo, las órdenes eran perentorias, y se hizo: en el fondo, donde estaban las caballerizas, los caballos y las mulas yacían degollados. El comisario, hombre cortés y que tenía gran consideración por la señora, ante aquel espectáculo observó: “Misia Agustina...” y ella no dijo más que esto: “Mire, amigo, y ahora mande usted sacar eso, yo pagaré la multa por tener inmundicias en mi casa; yo, no lo haré”.

En páginas subsiguientes hemos de ver otros casos de singular persistencia, entre la madre y el hijo, el dictador, y de conciencia firme en ella.

Vamos ahora con un acto de don León a demostrar que, en efecto y como lo dejamos dicho, su debilidad no era intrínseca.

La estancia en que veraneaban era el conocido Rincón de López, cerca de la boca del río Salado. El 1.º de noviembre, las cosas pasaban todos los años así de igual manera, doña Agustina iba al escritorio de don León y, presentándole el sombrero y el bastón, le decía: “Dame el brazo”, y salían y subían en la galera llegando a los tres o cuatro días a la estancia. Una vez allí, don León se metía en su escritorio y doña Agustina montaba a caballo, mandaba parar rodeo y tomaba cuenta y razón prolija de todo.

Una ocasión sucedió que don León le dijo a doña Agustina: “Agustinita, sabes que hace años que no visitamos la huerta, ¿quieres que demos un vistazo?”. Curiosidad o deferencia, doña Agustina aceptó. Llegados a un poyo de granito, que hemos visto, se sentaron; estaba sobre la margen del río; don León, con modos de equívoca amabilidad, preguntó:

“¿No es cierto, Agustinita, que yo te quiero mucho?”. Doña Agustina, que como todos nuestros abuelos hacía el amor como si fuera una pontificación a horas fijas, viendo aquellos modos inusitados, en verano, bajo los árboles, repuso apartándose: “Rozas, ¿por qué me faltas al respeto de esa manera?”. “No es eso. No”. Y sacando de la faltriquera unas cuerdas, le dijo: “¿Ves esto? Pues es para probarte que el hombre es el hombre, que si te dejo gobernar no es por debilidad, sino por el inmenso amor que te tengo, porque te creo fiel”; y dicho y hecho, la trincó y le aplicó suavemente unos cuantos chaguarazos, más simulados que fuertes, en cierta parte.

Doña Agustina no hizo resistencia, ni habló; don León la dejó en el sitio, salió triunfante de la huerta, y nunca jamás se volvió sobre el incidente, ni nada se alteró en el manejo de la casa y hacienda.

Así, cuando el general Mansilla se casó con doña Agustina, la hija menor de aquellos (era muy camarada con don León, aunque hubiera bastante diferencia en las edades), don León le dijo: “Mire, amigo, aunque usted es viudo y ha de tener experiencia, le diré porque le quiero: creo que Agustinita es muy buena; pero puede ser que alguna vez necesite...” y le contó el caso. Agustinita no necesitó.

La casa de Rozas era muy visitada. Don León tenía sus relaciones; doña Agustina las suyas, estando esta más o menos emparentada con las grandes familias de García Zúñiga, Anchorena, Arana, Llavallol, Aguirre, Pereyra, Arroyo, Sáenz, Ituarte, Peña, Trápani, Beláustegui, Costa, Espinosa y muchas otras.

Los López Osornio habían venido de España directamente al Río de la Plata; los Rozas, en parte lo mismo y de Chile y el Perú a Buenos Aires, y algunos a Cuyo. Por esta razón, don León tenía menos parientes que su mujer. La intimidad de esta con familias principales como las de Pueyrredón, Sáenz Valiente, Liniers, Rábago, Terrero y otras, era estrechísima. Las hijas de la delecta matrona doña Magdalena Pueyrredón,

Florentina, Juana y Dámasa, nacieron en sus brazos, como nacieron algunos de sus nietos, entre ellos el hombre político y jurisconsulto Eduardo Costa, de grata memoria; Necochea, Las Heras, Olavarría, Guido, Alvear, Olaguer Feliú, Balcarce, Saavedra, Pinedo, López, Maza, Rolón, Soler, Iriarte, Viamonte, Álvarez Thomas, Torres, Sáenz Peña, Larrazábal, Garretón, Irigoyen, Álzaga, Azcuénaga, Castro, Zapiola y otros de esa estirpe eran de la tertulia de Rozas. Y como sus hijas Gregoria, Andrea, María, Manuela, Mercedes, Agustina, se habían casado con hombres de pro, Ezcurra, Saguí, íntimo de Rivadavia, Baldez, Bond, médico norteamericano notable, y Rivera (descendiente de Atahualpa, el último inca del Perú sacrificado por Pizarro), que hizo sus estudios en Europa, siguiendo las cátedras de Dupuytrén, ya puede calcularse lo que sería aquella casa antes y después que Prudencio, hijo segundo de don León, se uniera a la familia burguesa de Almada, en primeras nupcias (Gervasio el menor no se casó), y Juan Manuel a doña Encarnación de Ezcurra.

La memoria que don León dejó entre los suyos y entre todos los que le conocieron fue la de un hombre sin reproche. En cuanto a doña Agustina, era algo más que simpatía, consideración y respeto lo que infundía. Había nacido para imponerse y dominar, y se imponía y dominaba. Sus hijos la amaban con delirio. Hemos oído a uno de sus vástagos decir repetidas veces esto: “Si mi madre tenía vicios, quiero parecerme a ella hasta en sus defectos”.

Otro, Gervasio, contaba un día después de la caída de su hermano: “Juan Manuel me mandó una vez un oficio con este rótulo: Al señor coronel de milicias don Gervasio Rozas; lo devolví sin abrirlo, diciéndole al propio, que había hecho cuarenta leguas: No es para mí. Volvió cuatro días después. Dentro de un sobre para el señor don Gervasio Rozas venían los despachos. Contesté devolviéndolos de nuevo so pretexto de que el estado de mi salud no me permitía aceptar el honor que se me hacía”. Y a guisa

de comentario espontáneo, agregó: “Juan Manuel lo que quería era tenerme bajo sus órdenes como subalterno. No teniéndome, siendo solo lo que éramos —hermanos—, de miedo de madre no se habría atrevido a hacerme nada, sabiendo, como sabía, que yo no estaba del todo muy conforme con todos sus procederés”.

Cuando don León pasó a mejor vida, doña Agustina hacía ya años que no se levantaba de la cama; estaba tullida. Pero asimismo de todo se ocupaba: de su casa, de su familia, de sus parientes, de sus relaciones, de sus intereses, comprando y vendiendo casas, reedificando, descontando dinero, y siempre y constantemente haciendo obras de caridad, y amparando a cuantos podía, a los perseguidos con o sin razón por sus opiniones políticas. Y hubo vez en que riñó por mucho tiempo con su hijo por negarse este a poner en libertad a un perseguido, del que ella decía: “Ese señor (Almeida) no es unitario ni es federal, no es nada, es un buen sujeto; y así es como Juan Manuel se hace de enemigos, porque no oye sino a los adulones”. El entredicho duró hasta que el dictador fue a pedir perdón de rodillas, anunciando que el hombre estaba en libertad.

Uno de los actos de doña Agustina que más acentúan sus caracteres complejos de mujer caritativa y prepotente es su testamento. Estos documentos no mienten, siendo una secuela legal que puede compulsarse.

Necesitamos para mejor inteligencia de las cosas decir que de la unión entre doña Manuela y el doctor Bond, ya citados, le quedaron huérfanos a doña Agustina varios nietos, de los que fue tutora y curadora: Enriqueta, Franklin, Carolina y Enrique, que murió. Doña Agustina los cuidaba y los amaba con la más tierna y exagerada solicitud, a título de que eran muy desgraciados no teniendo padre ni madre. Resolvió, pues, hacer su testamento. Tenía un escribano condiscípulo y amigo, hombre seguro, de toda su confianza, con el que se tuteaba. Le mandó llamar.

—Montaña, quiero hacer mi testamento.

—Bueno, hija.

—Siéntate y escribe.

Montaña se acomodó en una mesita redonda estilo imperio que conserva la familia, y doña Agustina, que tenía una excelente memoria, mucho orden y todas sus facultades mentales intactas a pesar de sus años y de sus achaques dolorosos, comenzó a dictar.

—Agustinita, eso que dispones no está bien.

—¿Por qué?

—Porque lo prohíbe la ley.

—¡Que lo prohíbe la ley! ¡Ja, ja, ja! ¿Que yo no puedo hacer con lo mío, con lo que hemos ganado honradamente con mi marido, lo que se me antoje? Escribí nomás, Montaña.

—Pero, hija, si no se puede, si no será válido; no seas porfiada.

—¿Que no se puede? Escribí nomás, que vos no sos el del testamento, sino yo, y ya verás si se puede...

—Pues escribiré y ya verás.

—Ya veremos.

Montaña siguió escribiendo, y la señora disponiendo bien.

Montaña arguyó nuevamente: “Eso tampoco se puede”, y la señora redarguyó: “Ya verás si se puede; escribí, nomás, escribí”.

Montaña agachó la cabeza, siguió, y las mismas contradicciones se repitieron unas cuantas veces más...

—Bueno; lee ahora, Montaña.

Montaña leyó.

—Perfectamente, agregá ahora: Sé que lo que dispongo en los artículos tales y cuales es contrario a lo que mandan las leyes, tales y cuales (cita todas tus leyes).⁵ Pero también sé que he criado hijos obedientes y

5. Regían las anteriores al Código Civil.

subordinados que sabrán cumplir mi voluntad después de mis días: se los ordeno.

Y el testamento, que era una monstruosidad legal, se cumplió. La señora favorecía a sus tres nietos a tal punto que todos ellos heredaban más que sus hijos.

Sin ese testamento, ¡cuántas tristezas futuras no se habrían evitado! Las leyes son reflejos de una moral cualquiera; violarlas es perturbar un principio de justicia distributiva. No se produce el acto sin que alguno padezca. Así, he aquí una verdad casi evangélica: “Administrar justicia es montar la guardia velando por los derechos del hombre, es hacer la sociedad posible”.

El testamento se abrió; la primogénita, doña Gregoria, dijo: “Vayan a ver qué dice Juan Manuel”. Así se hizo. Don Juan Manuel no leyó, diciendo: “Que se cumpla la voluntad de madre”. Los otros de ambos sexos, sabiendo lo que había dicho el hermano mayor, contestaron lo mismo sin leer. Sólo Gervasio, el hermano menor, se lo hizo leer. Meditó, y después de reflexionar, dijo: “Que se cumpla la voluntad de madre. Pero vayan a decirle a Juan Manuel y a Prudencio que nosotros somos ricos, que de lo nuestro se tome para integrar la hijuela que a las hermanas mujeres corresponde...”.

Y así se hizo, y la voluntad prepotente de doña Agustina López de Osornio prevaleció contra la ley, cumpliéndose lo que al testar y lanzando su *quos ego*, le decía al curial refractario, plenamente convencida de su infalibilidad: “Ya verás cómo se puede”.

De tamaña mujer nació Rozas.